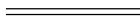


EL NINO JESÚS.



RECUERDOS DE LA CONQUISTA DE FILIPINAS.



I.

¿Dónde van esos cuatro navíos españoles y esa fragata, que sufriendo duros temporales cruzan remotos mares?

Corazon entero y conocimientos marítimos necesita ciertamente el jefe de semejante expedicion para aventurarse en mares casi desconocidos con los imperfectos medios que la navegacion ofrece en el año de gracia de 1564; pero España quiere llenar el mundo con su fama y en todas partes se ve ondear su bandera conducida con gloria por sus más preclaros hijos.

Esos buques van mandados por el general guipuzcoano Miguel Lopez de Legazpi que lleva, en su compañía, al célebre Andrés de Urdaneta, ya probado en la conquista de las islas Molucas, en donde el capitán famoso durante nueve años, abandonado de sus compatriotas, sin socorros ni refuerzos peleó denodadamente con los naturales y con los portugueses que le disputaban aquella conquista; ahora se dirigen ambos, Legazpi y Urdaneta, á las islas Filipinas con ánimo de conquistarlas, vengar la muerte de Magallanes y unir á la corona de España tan ricas posesiones, y para ello cuentan con cuatrocientos hombres de valor probado y de corazon entero que componen la expedicion conducida en los cinco buques.

Nadie más bravo que Urdaneta ni más reposado y sereno que Le-

gazpi; pero con ellos van otros dos capitanes bascongados de curtida piel, largas barbas y brazo de hierro, Juan de la Isla y Martin Goiti, hombres los dos de valor extraordinario que en aquellos tiempos en que aún se conservaba la fê cristiana en su mayor pureza, habian apostado una buena suma de ducados, para ver quién realizaba más actos de bravura en el próximo desembarco, y rescataba la imágen de un niño Jesús que los indios habian cogido de manos de unos misioneros que en la anterior empresa tuvieron que huir cuando Magallanes fué muerto con muchos de los que con él saltaron á tierra.

Al comenzar el año de 1565 llegaban los buques españoles al archipiélago de San Lorenzo; la disciplina á bordo era perfecta; sobrios y sufridos los bascos, respetuosos y buenos, eran tratados por sus jefes más que como inferiores como compañeros; y en todos existia ese cariño franco y verdadero que da el trato continuo, y la certeza de que todos van al peligro y á la muerte por el interés nacional y por las glorias de la patria.

En aquellas tripulaciones iban así guipuzcoanos como bizcainos, cuya celebridad marítima no admitía rivalidad, aquellos son los bravos descendientes de la expedicion que capitaneada por Miguel de Mugica en 1480 atacó á Canarias con más valor que fortuna; allí estan los conquistadores de Lanzarote que tomaron aquella isla á nombre de España. Aún recuerdan con orgullo, en sus conversaciones de á bordo, que los primeros europeos que atravesaron el Oceano Atlántico boreal fueron los bascongados que efectuaron tan atrevida excursion á fines del siglo XIV cándoles por resultado el descubrimiento de Terranova, que en el siglo siguiente fué para los guipuzcoanos fuente de inagotable riqueza por lo que la pesca del bacalao aumentó su comercio; y tan valientes marinos no se conformaron con esto, pues ellos desafiaron el rigor de los elementos y se dedicaron tambien á la peligrosísima pesca de las ballenas en las costas de Inglaterra.

Los astilleros de Pasajes construían continuamente buques de todas clases y aquí se equiparon las más poderosas escuadras que cruzaban entonces los mares.

Con marinos y capitanes como aquellos, no habia empresa imposible; dominábamos el mundo porque así debia suceder con hombres de semejante temple, y Legazpi, Urdaneta, La Isla y Goiti, no son sino una débil muestra de lo que el esfuerzo español y el país basco producian.

La raza de aquellos cántabros que impidieron á Augusto cerrar el templo de Jano, no habia degenerado, allí estaban aquellos mismos que derrotaron á Carlo Magno en el collado de Ibañeta, allí los hijos de Aitor y de Amagoya, nunca vencidos ni domados.

¡Sí, vosotros disteis á España gloria y riquezas!

Vosotros ceñisteis á la corona de Castilla de posesiones ricas, que conserva aún, á pesar de la decadencia en que hemos caído y de la que volverémos á levantarnos un día, por el esfuerzo de vuestro brazo!

No tardó la expedicion en tomar su revancha.

En la isla de Mactan, una de las Filipinas, habia muerto Magallanes, en un combate sostenido con los naturales el dia 27 de Abril de 1521, y poco despues fueron asesinados traidoramente en Zebú 35 españoles, cuyos cadáveres arrojaron al mar aquellos bárbaros isleños, pero la hora de ajustar cuentas habia llegado y Legazpi, el 15 de Abril de 1565, anclado frente á Zebú, mandó barrer la playa á cañonazos y permitió á los capitanes Isla y Goiti que con doscientos hombres desembarcasen en Zebú para ver quién de ellos rescataba la imágen perdida que se habian prometido trasladar á Lezo para darle fervoroso culto.

II.

José-Mari era un valiente marino y amaba á Martin Goiti como á un padre, recogido por este cuando quedó huérfano á consecuencia de un temporal que arrebató al autor de sus dias entre las saladas ondas del Cantábrico, su madre habia muerto de pena, y Goiti, que conoció al padre por haberlo tenido á sus órdenes como marinero, con su buen corazon, se cuidó del hijo, dióle la educacion marítima propia de sus aficiones, y nadie más listo para subir al mastelero de velacho y largar las velas mayores que aquel José-Mari rubio como un hijo de Albion, tostado por el sol de los trópicos, de figura atlética, anchas espaldas y poblada barba rubia; cuando con el hacha de abordaje al cinto y mosquete en mano se puso al lado de Goiti para seguirle en el desembarco, estaba magnífico é imponente, era un acabado tipo, con su boina azul sobre los ojos y sus grandes botas de cuero, del bascongado de entonces y aun de ahora, que todavía se conservan ejemplares como aquel.

Temerosos los habitantes de Zebú de la venganza de los españoles, armados de flechas, lanzas y javalinas, llenaban la playa, á pesar del fuego de la artillería y de los mosquetes: varias piraguas fueron echadas a pique y á brazo partido pelearon con los indios desde las lanchas, defendiéndose con las hachas de abordaje y las culatas de los mosquetes.

Juan de la Isla fué el primero que puso el pié en las tierras de Zebú; el reyezuelo Misata, con más de tres mil guerreros armados le esperaba, cuando fué atraído por los soldados de Goiti, que desembarcaban más arriba próximo al poblado donde tenia su estancia y sus ganados; marchó el reyezuelo á defender su casa, seguido de lo más granado y florido de sus tropas, y mientras las de Isla se desbandaron creyendo sería aquel movimiento por el flanco una retirada, Goiti y los suyos rodeados de centuplicadas fuerzas se batian con el valor de la desesperacion, un golpe de campilán hirió en el brazo al bravo capitán, pero José Mari, que á su lado estaba, dió al cacique Misata tan fuerte golpe en la cabeza con el hacha de abordaje que cayó sin vida á sus piés.

Los indios al ver muerto á su jefe empezaron á ceder, á tiempo que los bizcainos de Isla, enterados del peligro que corrian los guipuzcoanos, vinieron en su ayuda, convirtiendo la retirada de los indios en vergonzosa fuga.

Enardecidos los nuestros en la lucha no perdonaron á nadie; el suelo quedó sembrado de cadáveres en un momento; y entre los diversos grupos que huían, el más numeroso y compacto se amparó detrás de una empalizada de bambúes tras de la cual se divisaba una cabaña de gran tamaño, y sobre ella flotaba al viento una amarillenta bandera.

Aquella era la estancia y casa del muerto reyezuelo, y José Mari penetró allí, salvando la empalizada y franqueó la puerta que los indios no intentaron defender; con el acero teñido en sangre atravesaron una especie de vestíbulo y al levantar la cortina que dividia la cabaña les sorprendió un espectáculo imprevisto que les dejó suspensos.

Una hermosa india con el cabello recogido en lo alto de la cabeza y lleno de plumas de vistosos colores extendiendo hacia José Mari sus brazos desnudos y torneados, adornados de brazaletes de oro, vestida con una túnica corta y llevando en el cuello preciosa sarta de perlas;

les pedia gracia con actitud suplicante, tras ella una veintena de indios, los mismos que habian entrado, estaban tendidos de espaldas en el suelo donde habian arrojado las armas; y allá, en el fondo, sobre un precioso altar rodeado de flores se hallaba el *niño Jesús* con su inmaculada túnica blanca, teniendo el mundo en la siniestra mano y extendiendo la derecha con sus dos dedos rectos como pidiendo proteccion tambien para los pobres indios.

La belleza de aquella jóven, que era la reina Anacaya, impresionó mucho á José Mari, y la santidad de la imagen hallada á los demás; los indios fueron perdonados, se tomó la isla y en ella desembarcó Legazpi para posesionarse en nombre de España y dejar establecido un gobierno permanente y estable.

El niño Jesús no pudo ser llevado á bordo de los buques porque los isleños ya le daban culto y recurrían á él en sus necesidades antes de la batalla y rogaron con lágrimas en los ojos que les fuera dejado.

El clérigo D. Juan de Areizaga que en la escuadra venia aconsejó se le levantase un templo, y como Goiti se hallaba herido y le era preciso curarse, quedó como gobernador y como segundo José Mari.

Este aseguró la conquista para siempre, pues la reina Anacaya se habia prendado de él, y sus vasallos muy pronto lo fueron de ambos.

Antes de proseguir los buques su ruta, Areizaga instruyó á la reina Anacaya en las verdades de nuestra Religion y el primer matrimonio cristiano que presidió el niño Jesús fué el de José Mari con la preciosa india que tan fuertemente le habia impresionado.

Bien hubiéramos querido detallar algo más tan romancescas aventuras, pero nos faltará espacio para ello si hemos de dar al relato prudente extension.

Es fama que fueron muy felices, y como José Mari no tenia en Guipúzcoa familia alguna se creó allá una bastante numerosa, pues tuvieron muchos hijos.

Como los bizcainos y guipuzcoanos entraron á un tiempo en la estancia y descubrieron al niño Jesús, la apuesta pendiente entre Isla y Goiti quedó sin efecto; y cuando curó del todo este último, al regreso de los buques se embarcó para España llegando á San Sebastian donde murió cristianamente algunos años más tarde, recordando con frecuencia la conquista de Zebú, que si se conservó para España débese á José Mari y más que nada al niño Jesús, que convirtió á los

infieles con su sola presencia y sin necesidad de misioneros que explicasen sus doctrinas,

III.

Legazpi y Urdaneta, antes de levantar sus reales, fundaron una ciudad que fué la primera que construyeron los españoles en aquel archipiélago.

Después de haber conquistado y reedificado la ciudad de Manila el año 1571, de haber derrotado á los portugueses y prestado importantísimos y brillantes servicios, murió Legazpi en Agosto de 1572, habiendo desempeñado durante ocho años los cargos de gobernador, pacificador, poblador y últimamente adelantado de las Filipinas, tan ricas y tan leales á la patria, lo que constituye un timbre de gloria para Legazpi. Urdaneta descubrió el camino de regreso de las Molucas á Nueva España y terminó su brillante carrera en un convento, donde tomó el hábito de la orden de San Agustín. La conquista de Filipinas débese en lo material á estos bravos guipuzcoanos y bizcaínos, pero en lo moral al *niño Jesús* dejado allí por los primeros españoles que desembarcaron, el cual impera aún hoy *en absoluto*, pues el indio solo *obedece* y *acata* al fraile que le señala el camino del cielo y le hace postrarse ante *la imágen* de ese Dios que se hizo hombre por redimirnos y salvarnos.

No son para referidas en corto espacio las glorias marítimas de esta provincia; á la memoria, y para terminar, recordaré de pasada que Guipúzcoa ha producido generales de marina de tan esclarecido renombre como el almirante D. Antonio de Oquendo, su padre don Miguel, el almirante D. Miguel de Vidazabal, los generales de la armada Juanot de Villaviciosa, D. Martín de Rentería, D. Pedro de Zubiaurre, D. Juan López de Achurrueta y otros muchos marinos insignes que ocupan preferente lugar en la historia.

No he de detenerme en mencionar sus grandes hombres recordados de continuo en bustos y estatuas, nombres de las calles, y por cuantos medios se conocen. El guipuzcoano es amante de sus tradiciones y de sus glorias; profesa un verdadero culto á lo pasado y tiene muy presentes las máximas que dicen: «Honremos á los que nos pre-

cedieron para que nos honre la posteridad». Su carácter religioso y guerrero es el fiel reflejo de sus costumbres y de su vida y aun recuerdo que esos humildes y respetuosos campesinos, cuando se lanzan á la lucha, son los soldados más valientes é intrépidos del mundo, como bien á mi costa he podido comprobar en la última guerra carlista.

MANUEL DIAZ Y RODRIGUEZ.

San Sebastian, 30 de Abril de 1892.

BIRJIÑA MARIA-RI.



URRESTILL-GO AMETZA-ZANAREN AMARREKUAK BIZKAIKO BERBAKUNTZAN.

Abe Mariya.¹

Oraiñ kantaduko dot
 Nik Abe Maria
 Onetatik, bai, dator
 Geure alegria,
 Alabadu, nai neuke
 Birjiña Maria,
 Jesus-en Ama maite
 Dontzella garbia,
 Jaritzi guri daigun
 Zeruko argia.

Esaten dogunian
 Graziyaz betia,
 Kontentuz gelditzen da
 Birjiña Maria:
 Naileuke beragana
 Gu eruatia:
 Idigiko likegu
 Zeruko atia:
 Orra gureganako
 Ze borondatia.

(1) Durango inguruan kantau oi dan erara.